

rededor de mí con los brazos cruzados sobre el pecho. Mientras cantaban en voz baja el *Veni Creator*, subió el guardian al altar, y yo me arrodillé á sus piés. Sacaron del relicario del Santo Sepulcro las espuelas y la espada de Godofre de Bullon, cuyas venerables reliquias tenían dos religiosos colocados en pié á mis dos lados. El celebrante recitó las oraciones establecidas y me dirigió las preguntas de costumbre. En seguida me calzó las espuelas, me abrazó, y con la espada me dió tres golpes en la espalda. Hecho esto, entonaron los religiosos el *Te Deum*, mientras que el guardian pronunciaba esta oracion sobre mi cabeza:

“Señor, Dios Todopoderoso, derrama tu gracia y tus bendiciones sobre este tu servidor, etc.”

Todo esto no es mas que el recuerdo de unas costumbres que ya no existen. Pero debe tenerse en consideracion que yo me hallaba en Jerusalem en la iglesia del Calvario, á doce pasos del sepulcro de Jesucristo, á treinta del de Godofre de Bullon; que acababa de calzarme la espuela del libertador del Santo Sepulcro, de tocar aquella larga y ancha espada que habia esgrimido una mano tan noble y tan leal; que se recuerden todas estas circunstancias, mi vida de aventurero, mis viajes por mar y tierra, y se creará sin dificultad que yo debia hallarme conmovido. Aquella ceremonia, por otra parte, no podia ser para mí del todo vana: yo era francés; Godofre de Bullon lo era tambien, y sus antiguas armas, al tocarme, me habian comunicado un nuevo amor por la gloria y el honor de mi patria. No me hallaba yo por cierto *sin mancilla*, pero todo francés puede llamarse *sin miedo*.

Entregáronme el atestado autorizado con la firma del guardian y el sello del convento, y con este brillante diplo-

ma de caballero me dieron la humilde patente de peregrino. Ambas las conservo como un monumento de mi tránsito por la tierra del antiguo viajero Jacob.

Ahora que voy á dejar la Palestina, es necesario que el lector se trasporte conmigo fuera de los muros de Jerusalem, para dirigir una última mirada sobre aquella ciudad extraordinaria.

Detengámonos ante todo en la gruta de Jeremías, junto al sepulcro de los reyes. Esta gruta es bastante espaciosa, y su bóveda está sostenida por un pilar de piedra. Allí dicen que escribió el profeta sus Lamentaciones, las cuales pintan con tanta naturalidad el estado presente de esta ciudad desolada, que parece se hayan escrito á vista de la moderna Jerusalem.

“¿Cómo se halla ahora tan solitaria y desolada aquella ciudad tan populosa? La señora de las naciones ha quedado como viuda. La reina de las provincias ha sido hecha tributaria.

“Las calles de Sion están de luto, porque nadie viene ya á sus solemnidades: todas sus puertas se hallan destruidas, sus sacerdotes gimen, y sus vírgenes se hallan desfiguradas por el dolor y sumergidas en la amargura.

“¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor!

“El Señor resolvió derribar la muralla de la hija de Sion; tendió su cordel, y no apartó su mano hasta que todo fué derribado: el baluarte cayó de un modo deplorable, y de la misma manera fué destruido el muro.

“Sus puertas fueron hincadas en la tierra: rompió sus cerrojos, desterró á su rey y á sus príncipes entre las naciones; ya no hay ley, y sus profetas no han recibido visiones del Señor.

“Mis ojos se han debilitado á fuerza de llorar, hanse conturbado mis entrañas; mi corazón se ha derramado por tierra al ver la ruina de la hija de mi pueblo, al ver los niños, á los que se hallaban aún al pecho de sus madres, caer muertos en medio de la plaza de la ciudad.

“¿A quién te compararé ó á quién te asemejaré, oh hija de Jerusalem?

“Todos los que pasaban por el camino batieron las palmas cuando te vieron: silbaron y movieron la cabeza sobre la hija de Jerusalem, diciendo: ¿es esta la ciudad de perfecta hermosura, que era la alegría de toda la tierra?”

Vista Jerusalem desde el monte de las Olivas, á la otra parte del valle de Josafat, presenta un plano inclinado sobre un piso que desciende de Poniente á Levante. Una muralla almenada, fortificada con algunas torres, y un castillo gótico, encierra enteramente la ciudad, dejando, sin embargo, fuera una parte del monte Sion, que en otro tiempo comprendía.

En la region de Poniente y en el centro de la ciudad, cerca del Calvario, las casas están bastante juntas; mas al Levante y á lo largo del valle de Cedron, se descubren algunos espacios vacíos, y entre otros el recinto que corre alrededor de la mezquita edificada sobre las ruinas del templo, y el terreno casi abandonado donde se elevaba la torre Antonia y el segundo palacio de Herodes.

Las casas de Jerusalem son unas masas pesadas, cuadradas, muy bajas, sin chimeneas ni ventanas, y terminan en terrados ó en cúpulas, siendo muy parecidas á unas prisiones ó sepulcros. A la vista todo parecería hallarse á un nivel si los campanarios de las iglesias, los minaretos de las mezquitas, las cimas de algunos cipreses y los matorrales de nopales, no rompiesen la uniformidad del plano.

A la vista de aquellas casas de piedra, encerradas en un paisaje tambien de piedra, cualquiera creeria que aquello no era otra cosa que los monumentos confusos de un cementerio en medio de un desierto.

Si entramos en la ciudad nada nos consuela de su tristeza exterior: allí se pierde uno entre callejones sin pavimento, que suben y bajan sobre un terreno desigual, y marcha entre remolinos de polvo, ó pisando guijarros. Las telas tendidas de una casa á otra, aumentan la oscuridad de aquel laberinto: algunos bazares abovedados é infectos, acaban de quitar la luz á la desolada ciudad; mezquinas tiendas ofrecen á la vista objetos miserables; y aun estas tiendas se hallan muchas veces cerradas por si pasa por allí un cadí. No se ve á nadie en las calles ni en las puertas de la ciudad; algunas veces solo un paisano se desliza entre las sombras, escondiendo bajo su traje el fruto de su trabajo, temeroso de que se lo robe algun soldado; en un rincon separado, el carnicero árabe está degollando alguna res suspendida de las patas á un muro ruinoso. El semblante hurafío y feroz de aquel hombre y sus manos llenas de sangre, mas parece que anuncian que acaba de matar á uno de sus semejantes, que de degollar un cordero. El único ruido que se escucha alternativamente en la ciudad deicida, es el galope de la yegua del desierto, el del genízaro que lleva la cabeza del beduino ó va á robar al fellah.¹

En medio de esta desolacion extraordinaria, es menester detenerse un momento para contemplar algunas cosas que todavia lo son mas. Entre las ruinas de Jerusalem, dos especies de pueblos independientes encuentran en su fe la fortaleza necesaria para sobrellevar tantos horrores y mi-

¹ Labrador árabe.

serias. Allí viven unos religiosos cristianos, á quienes nada basta á hacerles abandonar la tumba de Jesucristo: ni las espoliaciones, ni el duro trato, ni las amenazas de muerte. Sus cánticos resuenan dia y noche alrededor del Santo Sepulcro: robados por la mañana por un gobernador turco, la noche los encuentra al pié del Calvario orando en el sitio en que Jesucristo padeció por la salud de los hombres. Su frente está siempre serena, la sonrisa mora en sus labios; reciben al extranjero con alegría, y sin fuerzas y sin soldados protegen contra la iniquidad pueblos enteros. Perseguidos por el baston ó por el sable, las mujeres, los niños y los ganados se refugian en los claustros de aquellos solitarios. ¿Y quién impide al infiel armado que persiga su presa y derribar tan débiles murallas? La caridad de aquellos religiosos, los cuales se privan de los últimos recursos de la vida para rescatar á sus protegidos. Turcos, árabes, griegos, cristianos y cismáticos, todos imploran la protección de unos pobres religiosos que no pueden defenderse á sí mismos, y aquí es donde debemos reconocer con Bossuet: "Que unas manos levantadas al cielo rompen mas batallones que las manos armadas de dardos."

Entre tanto que la nueva Jerusalem sale así *del desierto brillante de esplendor*, dirijamos una mirada entre el monte de Sion y el templo, y contemplemos en otra pequeña poblacion que vive separada del resto de los habitantes de la ciudad. Objeto particular de toda suerte de desprecios, sufre sin pedir justicia todas las vejaciones, se deja matar á golpes sin quejarse, y si le piden la cabeza, presenta el cuello á la cimitarra. Cuando muere algun miembro de esta sociedad proscripta, su compañero va durante la noche enterrarle furtivamente en el valle de Josafat, á la sombra del templo de Salomon. Penetremos en la morada de

ese pueblo, y le encontraremos sumido en una espantosa miseria, haciendo leer un libro misterioso á unos hijos que á su vez le harán tambien leer á los suyos. Lo que este pueblo hacia ahora cinco mil años, eso es lo que hace en el dia. Diez y siete veces ha presenciado la ruina de Jerusalem, y nada basta para desalentarle, nada puede apartar sus ojos de Sion. Cuando se ve á los judíos dispersos sobre la tierra, segun la palabra de Dios, nos sorprendemos ciertamente; mas para experimentar una admiracion sobrenatural, es menester encontrarlos en Jerusalem, es necesario ver á estos señores legítimos de la Judea, esclavos y extranjeros en su propio país, y aguardando en medio de su opresion un rey que debe libertarlos. Abrumados por la cruz que los condena y se halla levantada sobre sus cabezas, escondidos cerca del templo, del que *no queda piedra sobre piedra*, permanecen en su deplorable ceguedad. Los persas, los griegos y los romanos han desaparecido de la tierra, y un reducido pueblo, cuyo origen precedió al de aquellas grandes naciones, existe aún sin mezcla entre los escombros de su patria. Si hay entre las naciones alguna cosa que tenga el carácter de milagro, yo discurro que este carácter se halla aquí; porque ¿qué cosa mas admirable puede haber, aun á los ojos del filósofo, que esta reunion de la antigua y de la nueva Jerusalem al pié del Calvario, la primera afligiéndose á la vista del sepulcro resucitado, y la segunda consolándose junto al único sepulcro, que nada tiene que devolver el dia de la consumacion de los siglos?

Dí gracias á los padres por la hospitalidad que me habian dispensado, les deseé sinceramente una felicidad que no aguardan en este mundo, y cuando llegó el momento de separarme de ellos, experimenté una verdadera tristeza. No conozco martirio comparable al de aquellos desventu-

rados religiosos, cuyo estado es muy semejante al que tenían los hombres de bien en Francia en la época del terror. Iba yo á restituirme á mi patria, á abrazar á mis parientes, ver á mis amigos y recobrar las dulzuras de la vida; y aquellos padres, que tambien tenían parientes, amigos y patria, permanecían desterrados en aquella tierra de esclavitud. No todos estamos dotados de la fuerza de alma que se necesita para ser insensibles al pesar: yo he oido suspiros que me han hecho conocer toda la estension del sacrificio. Jesucristo en aquellos mismos sitios encontró amargo el cáliz, y sin embargo, lo bebió hasta las heces.

El 12 de Octubre monté á caballo en compañía de Ali-Agá, Juan, Julian y el dragoman Miguel. Salimos de la ciudad al ponerse el sol por la puerta de los Peregrinos, y atravesamos el campo del bajá. Antes de bajar al valle del Terebinto, me detuve para mirar todavía á Jerusalem y por encima de los muros distinguí la cúpula de la iglesia del Santo Sepulcro. Ningun peregrino podrá en adelante saludarla, porque ya no existe, y el sepulcro de Jesucristo se halla en el dia espuesto á la inclemencia. En otro tiempo la cristiandad entera hubiera concurrido para reparar aquel monumento sagrado; mas en el dia á nadie ocurre semejante pensamiento, y la menor limosna que se emplease en esta obra meritoria, parecería una ridícula supersticion. Despues de haber contemplado por algun tiempo á Jerusalem, me interné en los montes. A las seis y veintinueve minutos perdí de vista la ciudad santa: así marca el navegante el momento en que desaparece de sus ojos una tierra remota que no haya de volver á ver.

En el valle del Terebinto encontramos á los jefes árabes de Jeremías Abou-Gosh y Giaber, que nos aguardaban.

Llegamos á Jeremías cerca de media noche, y fué pre-

ciso comer un cordero que Abou-Gosh nos habia hecho disponer. Quise darle algun dinero, pero se negó á recibirlo, y solo me rogó que cuando llegase á Egisto le enviase un poco de arroz de Damietta. Se lo prometí con toda voluntad; pero sin embargo, no me acordé de mi promesa hasta el momento en que me estaba embarcando para Túnez. Luego que se hayan restablecido nuestras comunicaciones con el Levante, Abou-Gosh recibirá indudablemente su arroz de Damietta, y verá que un francés puede olvidarse de una promesa, pero jamás faltar á su palabra. Espero que los pequeños beduinos de Jeremías montarán la guardia alrededor de mi presente, y que repetirán aún: "¡De frente! ¡marchen!"

Llegué á Jaffa el 13 á mediodía.



DE PARIS A JERUSALEM.

91

esto conjeturamos que Abou Gosh nos habla hecho
 disponer. Que si tiene algun dinero, pero se nega a reci-
 birlo, y solo me toco que cuando llegase a Egipto, lo en-
 viese un poco de otros de Damietta. Se lo prometí con to-
 da voluntad; pero sin embargo, me me acordé de mi prome-
 sa hasta el momento en que me estaba embarrando para
 Tiber. Luego que se hayan restablecido nuestras comu-
 nicaciones con el Egipto, Abou-Gosh recibirá indubita-
 mente sus cosas de Damietta, y verá que un francés puede
 evitarse de una promesa, pero jamás faltar á su palabra.
 Espero que los pequeños negocios de Jerusalen no tardarán
 la guardia albedor de mi presente, y que repentinamente
 "Dieu marche!"
 Llegue á Jafa el 13 á mediodía.



XL.